



Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

victorae@colef.mx

Responsabilidades compartidas

La toma de ambas cámaras del Congreso de la Unión refleja el ambiente de crispación social y política que se vive en México. Hace mucho tiempo que no se percibía tal situación de malestar, polarización y encono en la vida pública nacional. Ni siquiera bajo las diferentes crisis económicas sufridas o en el conflicto poselectoral de 1988. Lo cierto es que desde el fondo de la vida social surgen en tropel los agravios, las frustraciones y las iras contenidas desde mucho tiempo. La diferencia es que hoy en día hay una vía de canalización de ese malestar; el problema es que no tiene un cause institucional y por ello puede ser explosivo y de lamentables consecuencias. Y no tiene cause porque nunca concluimos con la instauración democrática necesaria para dar lugar a una nueva institucionalidad. La factura puede ser enorme.

Para entender el conflicto y lo que vemos en la superficie, hay que referir al menos a dos actores clave: Los medios electrónicos de comunicación y los ciudadanos. Desde hace tiempo, los medios y algunos periodistas, se han convertido en auténticos actores políticos. Han tomado claras posturas y han utilizado sus espacios privilegiados para apoyar causas fundamentales. Se me dirá que así ha sido siempre; el problema es que hoy lo hacen desde el discurso de la "libertad". Antes era muy claro que estaban al servicio del gobernante en turno; hoy parece que también, aunque medios y gobernantes

se identifican como "demócratas" o "paladines de la libertad". Así, no presentan la información, más bien editorializan, juzgan, denigran, desprestigian y todo con la más absoluta impunidad.

Según la Encuesta Nacional de Cultura Política y Prácticas Ciudadanas levantada en 2001, 2003 y 2005 por la Secretaría de Gobernación, el 62% de los mexicanos se informan a través de la televisión, el 17% por medio de la radio y un 10% leen periódicos; un 5% "no les interesa informarse" y el 3% restante lo hace a través de "comentarios o rumores". Lo anterior nos pinta de cuerpo completo. En total, el 79% de los mexicanos son presa fácil de los informadores de televisión y radio. Esto nos ayuda a entender el bajísimo nivel de entendimiento de los problemas que padecemos; sobre todo, las explicaciones que se le dan a los asuntos torales. Por eso priva una visión dicotómica de buenos y malos. Por eso, la lucha de los concesionarios para evitar a toda costa reformas, como la electoral, que frena el subsidio gubernamental por la vía de la publicidad de gobernantes y candidatos. Por eso las escenas en el Congreso defendiendo la "libertad" puesta en entredicho por las reformas constitucionales de noviembre de 2007.

Pero los medios electrónicos han encontrado en la sociedad mexicana terreno fértil para defender determinados intereses. Cuentan con ciudadanos de bajo perfil dis-

puestos a creer las versiones unidireccionales. En mucho se debe a los lastres del pasado, a 70 años de régimen corporativo donde la ciudadanía era imaginada. Por eso los cambios en la cultura política son tan lentos, por eso las prácticas del poder sin rendición de cuentas, por eso la corrupción que se resiste a partir. Los datos de la encuesta citada son contundentes: El 33% de los mexicanos dijeron no estar "nada" interesados en "la política", pero otro 55% contestó que "muy poco". Para el 65% "la política es complicada". Es muy difícil entonces que desde la trinchera ciudadana se logren diques contra la desinformación y la manipulación. La democracia requiere la participación ciudadana, pero tal como sostiene el politólogo Robert Dahl, ésta deberá ser una participación informada. Desde luego no es el caso mexicano. Aquí somos presas de la decisión de un puñado de periodistas que obtienen muchos privilegios con la forma como pontifican desde sus púlpitos. No hay una ciudadanía informada, pero no les interesa que la haya para seguir manipulando. Por eso, además, el contenido de las programaciones, por eso la distancia enorme entre éstos y quienes ejercen su labor al margen de los monopolios. Por eso, la obviedad de querer quedarse con el oro (negro) a cambio de cuentas de vidrio.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.